C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 3-4 Enero-febrero 1957

COLABORAN.—Adriano del Valle, Ricardo Molina, Ángela Figuera Aymerich, José Luis Prado Nogueira, Javier de Bengoechea, Claudio Rodríguez, Dylan Thomas, I. Poljak, María Elvira Lacaci, Dámaso Alonso, Vicente Núñez, Jorge Ferrer-Vidal Turull, Enrique Molina Campos, Salustiano Masó, M. Arroita-Jáuregui, Fernando Quiñones.

Notas críticas de Luis Jiménez Martos, José Gerardo Manrique de Lara y Concha Lagos.

SUMARIO

Páginas

Dibujo, *Ricardo Zamorano* 3
ELEGÍA A JAVIER DE WINTHUYSSEN. PINTOR Y JARDINERO (1874-1956), *Adriano del Valle.* 4
MIENTRAS TIERNA MEJILLA..., *Ricardo Molina.* 5
CANTO RABIOSO DE AMOR A ESPAÑA EN SU BELLEZA, *Ángela Figuera Aymerich* 6
YO TE VESTÍ, *José Luis Prado Nogueira* 8
GUIÑOL, *Javier de Bengoechea* 10
EL BAILE DE AGUEDAS, *Claudio Rodríguez* 12
... *Pasan a nuestra lengua la extranjera* (Lope de Vega):
ESTE PAN QUE YO PARTO, *Dylan Thomas.* 14
LA MADRE, *I. Poljak* 15
¡PADRÓN!... ¡PADRÓN!..., *María Elvira Lacaci* 16
ARTE POÉTICA, *Antonio Machado* 19
DÁMASO ALONSO:
Y YO, EN LA CREACION (facsímil) 20
Fotografía 21
LA DESPEDIDA, *Vicente Núñez* 22
DICIENDO ASÍ..., *José Carlos Gallardo* 23
LAS NUBES, *Jorge Ferrer-Vidal Turull* 24
MADRE, *Enrique Molina Campos* 27
LAS NUBES, *Salustiano Masó* 28
Y escucho con mis ojos a los muertos (Quevedo):
CUANDO EL DULCE CAZADOR, *Santa Teresa de Jesús* 30
A UNA GOTA DE ROCÍO, *Carolina Coronado.* 31
CARTA SOBRE EL SENTIDO DE MI VIDA QUE ESCRIBO A HERNANDO VALENCIA, *Marcelo Arroita-Jáuregui* 32
QUIEN BESA DE VERDAD VE NIÑOS, *Fernando Quiñones* 34
A UNA MARIPOSA, *José de Espronceda* 35
Dibujo, *Ricardo Zamorano* 36
CRÍTICA DE LIBROS 37
NOTICIAS 40

Toda la correspondencia a
CONCHA LAGOS
José Antonio, 31 - Madrid
Teléfs. 470683 y 228970

C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 3-4 Enero-febrero 1957

EDITA

CONCHA LAGOS

Director: EMILIO GONZÁLEZ NAVARRO

CONSEJO DE REDACCIÓN

GERARDO DIEGO
JOSÉ GARCÍA NIETO
JOSÉ HIERRO
JORGE CAMPOS



ELEGÍA A JAVIER DE WINTHUYSSEN

PINTOR Y JARDINERO

(1874-1956)

ENJARDINADO con la luz del alba,
fauno de fuentes, domador de ríos,
oso floricultor con piel de pétalos
que apacentara flores en rebaños,

se nos subió a pintar, así San Lucas,
a la región de la que no se vuelve.
Si él hace buenas migas con los ángeles,
alguno de ellos le dará sus alas

diciéndole, en su lengua de arco iris:
«Toma, Javier; no quiero que te canses.»
Y alegre volará con sus colores

e irá a pintar el solio de los Santos.
Murió cuando crecía para estatua
o, noblemente anciano, para roble.

ADRIANO DEL VALLE

MIENTRAS TIERNA MEJILLA...

MIENTRAS tierna mejilla y ojos verdes
y rojos labios y morena frente
y primavera en pecho delicado
y tallo de flor, lánguido, en cintura
y dios sin velo en astro al mediodía
y rosa, rama, abeja y vino canten,
tú, narciso de olvido,
tú, música cantándose a sí misma,
Medina Azahara, beso que se besa,
tú y yo, viviendo, amando,
dulce leyenda, vivos
y muertos, y olvidados,
y presentes, y eternos, en canción, en amor.

RICARDO MOLINA

CANTO RABIOSO DE AMOR A ESPAÑA EN SU BELLEZA

CON los ojos cerrados,
con los puños cerrados, con la boca
cerrada, España, canto tu belleza.
Y con la pluma ardiendo, y con la pluma
loca de amor rabioso, canto y firmo.

Belleza sobre ti y en tus entrañas
de miel y de granito, y en tu cielo
y en tus rotundas cordilleras frías,
conozco y atestiguo y canto, madre.

Toledo, sí; Granada y Guadalupe;
Sevilla y Ronda y Avila y Santiago
y Cáceres y Córdoba y Valencia
y Santillana de la Mar y Cádiz;
Oviedo y Pontevedra, Zaragoza,
San Sebastián, Bilbao y Salamanca,
El Escorial y Montserrat y Cuenca.

Piedras labradas, torreones, claustros,
palacios, catedrales y conventos,
huertos, jardines, patios y zaguanes,
lívidos Cristos y rosadas Vírgenes,
lanzas y escudos, códices y cálices,
de siglo en siglo, con cincel y gubia,
con mística y ascética y pinceles;
de sueño en sueño, con palmeras y agua,
con limoneros, nardos y arrayanes;
de mar a mar, con algas y rompientes,
con pinos, tamarindos y manzanos.

con playas rubias, prados verdeazules,
pardas llanuras, parameras grises;
con sol y cierzo, nieves y retamas,
romeros y tomillos de la sierra,
de siglo en siglo, me has llegado, madre.
Tú me has parido y hecho y moldeado
calándome de amor hasta los huesos
por tu belleza, España; tu belleza
cruel, ceñida en torno de mis sienes,
que hace subir mi canto como un río
entre garganta y verso para ahogarme
de amor rabioso, de vergüenza sorda,
de amor, de amor, de amor, de amor rabioso.

Porque eres bella, España, y agonizas,
minuto tras minuto en mi presencia.
Porque te siento andando sobre cardos
por todos los caminos rezagada,
con una cruz al cuello y otra al hombro,
durmiendo en las cunetas de la gloria,
tus ojos anegados en ceniza,
bebiéndote el gazpacho de tu sangre,
comiendo el pan moreno de tu vientre,
desposeída de oros y de espadas,
borracha en copas, vapuleada en bastos,
soñando desguazadas carabelas,
por todos malcomprada y malvendida,
viuda, asesina y mártir de tus hijos,
a mil años y un día condenada
por todos tus pecados capitales,
llagada mendicante sobre el atrio
de la opulenta Catedral del Mundo.

Porque eres bella, España, y te me mueres
de mal de España, canto tu belleza
con este amor rabioso que me ruge,
y fecho y firmo a corazón parado,
a ojos quemados y apretados puños,
clavándome la lengua con los dientes
porque no quiero blasfemar tu nombre.

ÁNGELA FIGUERA AYMERICH

YO TE VESTÍ

Yo te vestí. En el fondo de tus ojos
hice saltar arroyos, vibrar astros,
tañer campanas. Ávida de estío,
yo te vestí de lluvias y de pájaros.

Yo te ordené. Caías hacia mi órbita.
Yo te ordené. Tu instinto planetario
giró a mi luz. Yo te ordené. Fulgías
bajo la fuerza virgen de mis rayos.

Yo te encendí. Mi fuego por tus ramas
prendió su intensidad y gotearon
tus ocultas resinas. Y mi incendio
creció en tu esencia, oh prodigioso árbol.

Yo te elevé. En abismos de inocencia
yo convoqué la flora del milagro
e hice ascender, no el beso, la profunda
oscuridad del mar hasta tus labios.

Yo te di mi poder y mis palabras,
yo te impregné de amor y de verano,
te di mi eternidad y mi tristeza,
todo fuí de verdad y de regalo.

Yo te elevé, yo te encendí, yo solo
te ordené y te vestí. Ciego de espanto,
en ti he bebido mi hermosura incógnita,
mi dios sin rostro en ti se ha completado.

Yo atravesaba el mar, el sueño, el hambre,
el vértigo, el olvido, los espacios,
lo inamovible azul, el *do* en silencio.
En ti me comprobé, divino obstáculo.

Así debió ser todo: Uno en origen,
uno en reposo. En nuestro mudo abrazo
fuimos uno y en paz, uno y en suma,
uno en integración, uno en descanso.



JOSÉ LUIS PRADO NOGUEIRA

GUIÑOL

Tú y yo:
dos esquinas.
Al fondo, se ve un pedazo
de melancolía.

De frente, mi pecho es
una hondísima avenida.
Mi corazón, transitable.
Pero de mentira.

Yo, a oscuras.
Al alzarse mi agonía,
se ve la escena detrás
completamente vacía.

Yo: un poco luz de la tuya.
Tú: ¿luz mía?
Los ángeles: pronto,
vive un poco todavía
como las hierbas verdes.

Alguien que pasaba:
morirse en mitad de un sueño,
¡qué manía!

Otro que pasaba:
¿Por qué no quitan del paso
su agonía?

El hombre con siete amantes:
morir de amor, ¡ay qué envidia!

Tú: ¿tiene la frente
fría?

Otra mujer que me amó:
si yo entendiese de heridas...

Los ángeles, con sus alas:
todavía, todavía...



JAVIER DE BENGOECHEA

EL BAILE DE AGUEDAS

VEO que no queréis bailar conmigo
y hacéis muy bien. ¡Si hasta ahora
no hice más que pisaros, si hasta ahora
no moví al aire vuestro estos pies cojos!
Tú siempre tan bailón, corazón mío.
¡Métete en fiesta, pronto,
antes de que te quedes sin pareja!
¡Hoy no hay escuela! ¡Al río,
a lavarse primero,
que hay que estar limpios cuando llegue la hora!
¡Ya están ahí, ya vienen
por el raíl con sol de la esperanza
hombres de todo el mundo! ¡Ya se ponen
a dar fe de su empleo de alegría!
¿Quién no esperó la fiesta?
¿Quién los días del año
no los pasó guardando bien la ropa
para el día de hoy? Y ya ha llegado.
Cuánto manteo, cuánta media blanca,
cuánto refajo de lanilla, cuánto
corto calzón. ¡Bien a lo vivo, como
esa moza se pone su pañuelo,
poned el alma así, bien a lo vivo!
Ah, echo de menos ahora
aquellos tiempos en los que a sus fiestas

se unía el hombre, como el suero al queso.
Entonces sí que daban
su vida al sol, su aliento al aire; entonces
sí que eran encarnados en la tierra.
Para qué recordar. Estoy en medio
de la fiesta, y ya casi
cuaja la noche pronta de febrero.
¡Y aún sin bailar: yo solo!
¡Venid, bailad conmigo, que ya puedo
arrimar la cintura bien, que puedo
mover los pasos a vuestro aire hermoso!
¡Aguedas, aguedicas,
decidles que me dejen
bailar con ellos, que yo soy del pueblo,
soy un vecino más; decid a todos
que he esperado este día
toda la vida! ¡Oídlo!
Óyeme tú, que ahora
pasas al lado mío y un momento
sin darte cuenta miras a lo alto
y a tu corazón baja
el baile eterno de Aguedas del mundo;
óyeme tú, que sabes
que se acaba la fiesta y no la puedes
guardar en casa como un limpio apero
y se te va, y ya nunca...;
tú, que pisas la tierra
y aprietas tu pareja, y bailas, bailas.



CLAUDIO RODRÍGUEZ

(Inglaterra)

ESTE PAN QUE YO PARTO...

ESTE pan que yo parto fué la avena,
este vino sobre extranjero árbol
nadó en su fruto;
durante el día, el hombre, el viento por la noche,
doblaron las cosechas, segaron la alegría de la vid.

Una vez, en el viento, la sangre del verano
hirió en la carne que cubría el vino;
una vez, en tal pan,
la avena se alegró, mecida al viento.

Esta carne que partes, esta sangre que dejas
por tus venas sembrar desolación,
fueron avena y vid,
surgidas de la raíz sensual y de la savia.

Mi vino bebes, mi pan partes.

(Traduce Jorge Ferrer-Vidal.)

DYLAN THOMAS

(Croacia)

LA MADRE

TRAS de nueve montañas y colinas,
en una pobre aldea
hay una vieja choza:
una humilde mujer habita en ella.

No ha caminado mucho
por el sendero de la vida,
pero tiene ya blancos los cabellos.
¿Qué le robó la juventud, Señor?
Su eterno pensamiento puesto en mí.

Todos sus sueños, todos sus anhelos
giran en torno a mí. No tiene
destino propio: mi fortuna,
favorable o adversa, la comparte conmigo.

Y si, airados los cielos,
lanzaran contra mí fiera tormenta,
alzándose mi madre, debajo de los rayos
su débil mano extendería.

¡Oh, no estoy solo, y fácilmente
puedo llevar la vida,
mientras sufra conmigo,
tras de nueve montañas,
una humilde mujer: mi amada madre!

(Traduce Pablo Tijan.)

I. POLJAK

¡PADRÓN!... ¡PADRÓN!...

CON una regañina a mis hermanos —a veces coscorrones—,
mi padre
terminaba el cantar de Rosalía.
Querían transmitirnos
su lenguaje, bellísimo en imágenes,
su hondura
melancólica. Su misterioso llanto y su agonía
dulcemente crecida y acunada
bajo un cielo grisáceo. Entre verdores.
Vibraba todo él. Cuando leía
brotaban los paisajes de su alma. Húmedos,
como sus ojos en aquel instante.
Y quería —en su amor paternal
y su gran devoción hacia la Tierra, nuestra tierra sencila—,
que fluyeran también por nuestras almas, demasiado niñas
todavía.
Era vano su empeño.
Mis hermanos,
bajito,
contaban chistes o pisaban al gato
en la lectura. Al final,
la carcajada súbita.
Era entonces cuando mi joven padre
ordenaba a los cuatro

abandonar la mesa y retirarnos.
Yo era muy pequeñaja
y ellos ya grandullones. Tal vez
por ello nunca
mi padre
reparó en mi mirada. Húmeda
como la suya.
Me levantaba muda, sin protesta
ante aquella injusticia paternal.
Pero no me marchaba a jugar como ellos.
Temeroso, mi cuerpecillo leve se escondía —nunca lo supo
nadie—
en el gran cortinón
del comedor antiguo, y escuchaba.
Primero, le decía a mi madre cariñosamente:
«Acércate, Josefiniña. Leeré para ti,
porque estas fierecillas...»
Mi madre, lo miraba extasiada, lo escuchaba abstraída,
y volvía a empezar. Ahora todo en silencio:
¡Padrón!... ¡Padrón!... (era su preferido).

(Del libro *Humana voz*. Premio Adonais, 1956.)



MARÍA ELVIRA LACACI

ARTE POÉTICA

LAS aliteraciones de que mis versos están llenos son inconscientes; no responden al trivial propósito de producir un efecto musical, que sería, por lo demás, en mi caso, siempre negativo. Pero no he querido nunca corregirlas, pues donde hay aliteraciones suele haber también riqueza de imágenes. Sólo recomiendo no leer nunca mis versos en alta voz. No están hechos para recitados, sino para que las palabras creen representaciones.

LO esencial en arte es siempre incorregible.

UN defecto no es un descuido, sino una limitación.

HAY dos maneras de corregir: una es borrar; otra, hacer de nuevo.

CUANDO un poeta teoriza sobre poesía puede decir cosas muy verdaderas, pero nunca dirá nada justo de sí mismo.

ARTE es realización. Por eso la buena intención fracasada, el propósito no logrado, puede condenarse. Pero el poeta puede reírse de la crítica cuando señala fracasos con relación a propósitos que ella inventa o supone.

ES evidente que la obra de arte aspira a un presente ideal, es decir, a lo intemporal. Pero esto de ninguna manera quiere decir que pueda excluirse el sentimiento de lo temporal en el arte. La lírica, por ejemplo, sin renunciar a su pretensión a lo intemporal, debe darnos la sensación estética del fluir del tiempo. Es precisamente el flujo del tiempo uno de los motivos líricos que la poesía trata de salvar del tiempo, que la poesía pretende intemporalizar.

LOS adornos, gracias y matices que pone en su obra el habla del poeta se amenguan, marchitan y corrompen cuando se les trasiega y vierte en otros moldes lingüísticos. Sólo si una obra contiene valores esenciales hondamente humanos y una sólida estructura interna, puede—aun disminuída por la tradición—ser admirada en lengua extranjera.

A mi juicio, conviene reparar en que la poesía emplea dos clases de imágenes que se engendran en dos zonas diferentes del espíritu del poeta: imágenes que expresan conceptos y no pueden tener sino una significación lógica, e imágenes que expresan intuiciones y su valor es preponderantemente emotivo. A veces pueden revestir el mismo indumento verbal; pero, a pesar de ello, sólo un análisis grosero suele confundirlas. La intención del poeta, que es preciso descubrir y señalar, las hace radicalmente distintas. *El prado verde y el cielo azul* pueden ser prados y cielo que contempla un niño con ojos maravillados, imágenes estremecidas por una emotividad singular, y algo que nada tiene que ver con esto: dos imágenes genéricas que envuelven dos definiciones del cielo y del prado y que, si por su calidad de imágenes hablan todavía, aunque débilmente, a la intuición, su objeto es, no obstante, apartarnos de ella, están en el proceso de desubjetivación que va de lo intuído a lo pensado, de lo concreto a lo abstracto. En el primer caso, el adjetivo califica; en el segundo, al señalar lo permanente en objetos varios, define.

NO es la lógica lo que en el poema canta, sino la vida, aunque no es la vida lo que da estructura al poema, sino la lógica.

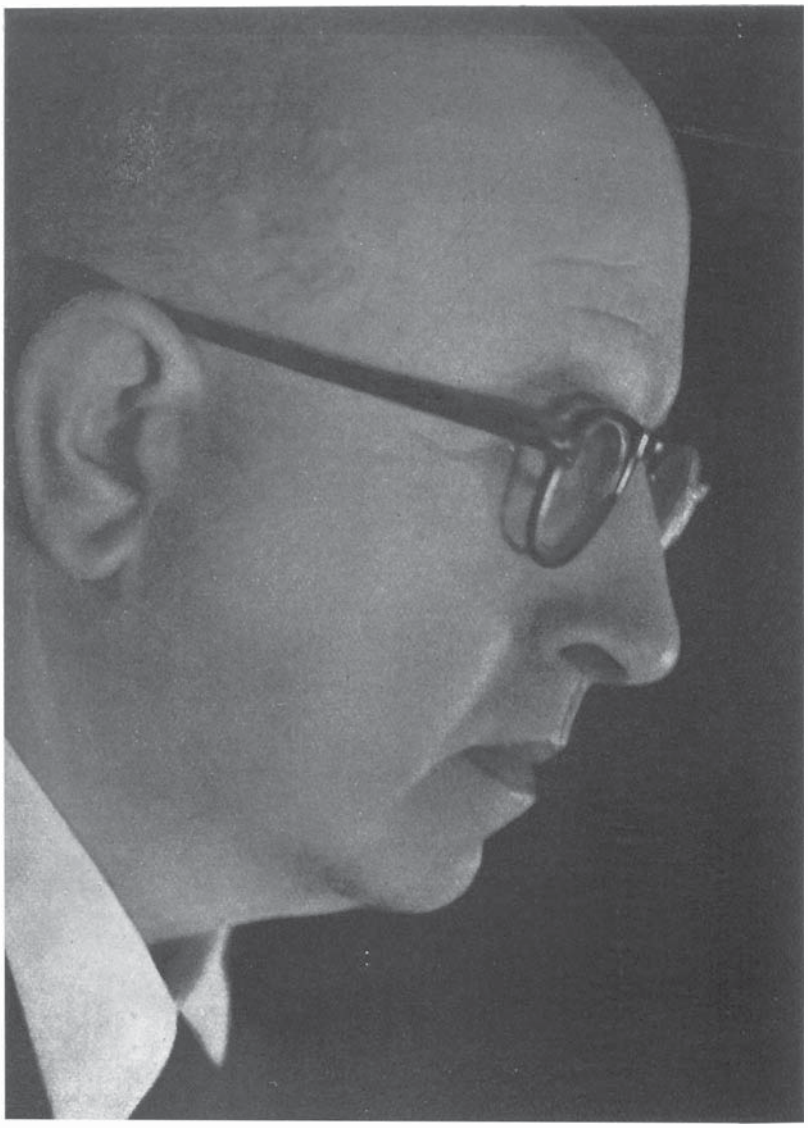
ANTONIO MACHADO

Y yo, en la Creación

(De "Hombre y Dios", pero inédito)

Qué soledad: Dios, solo. Solamente
Dios y la Nada. En el no-espacio, ardía
el no-tiempo. Letal monotonía:
el Dios y su vacío, frente a frente.
¡Nada, espanto, aun de Dios!
¡Ah, no!: en su mente,
rosa en botón, la Creación latía.
Todo futuro ser, dentro, bullía.
(Ya Dámaso era allí un puntito ardiente).
Fué el espacio. Fluyó, sobre el espacio,
el tiempo, un terco río. Y el palacio
con flotantes antorchas se alumbró.
Siglos...
¡Mi día!: y amo, canto, pienso,
yo, de Dios, ante Dios. Destino inmenso.
El y yo: de hito en hito, Dios y yo.

Dámaso Alonso



DÁMASO ALONSO

(Fotografía Lagos, 1955.)

LA DESPEDIDA

AL volver de las rocas, donde sopla la brisa
y estrella el mar el agrio navío de su aroma,
la prolongada queja de un tren lejano abate
mi corazón rendido de pañuelos y adioses.
Y si amo el instante que de ti me separa
y cedo a la delicia de su ingrata hermosura,
que expirará mañana entre humo y abrazos;
si de nuevo renuncio a quedarme contigo
en la vida que oprimen con su broche los días
y convierte al amor en una estatuílla
de sal que se derrumba en un jardín estéril;
si elijo el gallardete de la pena, y el mundo
continúa lo mismo de bello porque es triste
con sus nubes sombrías y sus húmedos bosques,
es sólo porque debo perderme totalmente
y arrojar la amargura tan dentro de mí mismo
que por ella, algún día, sepa al fin que he vivido.

VICENTE NÚÑEZ

DICIENDO ASI...

LA primera, en la frente. ¡Buena aldaba!
De pensativa llaga tengo forma.
Cada pregunta en eco me transforma:
algo después estoy que cuando hablaba.

La segunda, en el ojo se me clava:
miro desde mi herida plataforma;
y tengo el asco de vivir por norma,
ropa que sólo con morir se lava.

Me sigo santiguando humanamente.
La tercera, mortal, en todo el pecho,
hasta caerme tierra de la frente.

Ahora que estoy de tres cruces hecho,
me digo si vivir es solamente
llamar, gritar y estar siempre al acecho.

JOSÉ CARLOS GALLARDO

LAS NUBES

(CUENTO)

La pareja avanzaba por la carretera. Iban lentos, despacio, uno a cada lado de la pista, con el mosquetón a la espalda, con un pañuelo metido en el tricornio, que les caía por la nuca, que los protegía del sol, que parecía un fantasma emanado de sus cerebros.

Caminaban por la carretera como dos hombres perdidos, despacio, muy despacio, como dos hombres a los que se les ha acabado la esperanza, la cuerda de vivir. Y hacía un sol tremendo, que reverberaba sobre el asfalto y caía sobre los dos civiles como una maldición.

Caminaban carretera adelante, sin tener nada que hacer, sin que les saliese un mal contrabandista o un desertor o un homicida a quien perseguir y pegar tiros y entretenerse un poco.

De pronto, el guardia que caminaba a la derecha levantó la vista. La fijó en el cielo y exclamó:

—Mira, tú. Se están formando nubes sobre el Alberche.

Y se quedó con los ojos fijos en el cielo, porque sus pies conocían ya el camino, porque sus pies intuían los asfaltos y le guiaban por las carreteras, como los lazarillos a los ciegos, sin necesidad de que él se fijase en nada.

Se formaban unos nubarrones negros, tremendos, allá, por el Alberche, por las estribaciones de la sierra. El civil las contempló largo rato. Sentía el ardor resbalándole por la espalda, sentía el sol en mitad de la espalda, sentía el sol resbalándole en el charol del tricornio, abrasándole el cráneo.

—¡Eh, tú! Nubes.

El otro no contestó. Al otro le dolían los pies en las marchas. Le

comenzaban a doler, incluso, antes de las marchas, cuando el primera o el sargento le decían: "Mañana sales para tal sitio."

Pero al de la derecha le gustaba hablar y le gustaba, sobre todo, hablar solo, establecer hechos, sentar conceptos, solo. Por eso repitió varias veces:

—Nubes sobre el Alberche; sobre el Alberche, nubes.

Y sonrió. Y volvió a quedarse con la mirada fija en el cielo, escarbando el vientre del cielo con los ojos, en busca de esperanza.

—Nubes sobre el Alberche. ¿Oyes, tú? Lloverá.

Al otro no le importaba que siguiese el calor. "Iréis por la principal hasta tu pueblo. Estarás contento de ir a tu pueblo, ¿no?". Por la principal al pueblo, bajo el sol de verano, con los pies destrozados, con los pies que se despellejaban con el calor; con aquellos pies que, cuando se sacaba uno los calcetines, se llevaba la piel de los dedos hecha jirones.

(Aquello era viajar sin esperanza. Aquello era peor que viajar sin esperanza. Aquello era la vida. La vida era eso: viajar, quemarse al sol, sentir tristeza, cambiar la piel del cuerpo, quemada, hecha trocitos; quedarse con la piel del alma al rojo vivo, escociendo siempre, porque la piel del alma no se cambia. Se estropea y no cambia.)

—Nubes sobre el Alberche, nubes...

El civil seguía sentando el hecho, intentando convencerse de que, en efecto, había, sobre el Alberche, nubes.

Iban hacia los Saltos, por la carretera, hacia los Saltos, a verlos desde lo alto de la carretera, completamente secos, abriendo la boca bajo las nubes, en espera de agua—el lago seco, amarillento, sucio—.

Iban hacia allí y había nubes y había esperanza.

Soplaba viento Oeste. Las nubes parecían avanzar, llegar hasta ellos, lentamente, trayendo fe. Pero, mientras tanto, el sol caía más fuerte que nunca y reblandecía el asfalto de la carretera, y los civiles se llevaban en las botas la piel primera del camino y el polvo de los campos y el olor a alquitrán. Allá, a lo lejos, la nube se iba haciendo cada vez más grande. "Eres del pueblo. Estarás contento de hacer el servicio este."

(El pueblo. Tierras quemadas. La mujer que no comprende nada, que dice: "Hay que andar rápido", o la mujer que dice: "Dios, qué hombre...", y el calor y los hijos y aquellos pies, Dios mío...)

—Hay nubes sobre el Alberche.

El sol quemaba ahora como un pecado mortal. Se ponía duro y triste, como un pecado bien amarrado al alma. La nube le cerraba el horizonte y lo rebotaba sobre el resto del mundo, sobre los campos y la carretera, por los montes, sobre la espalda de los dos civiles.

—Nubes sobre el Alberche. Nubes, nubes, Dios mío, nubes...

Apretaban la marcha y los pies escocían. Al civil de la izquierda le

constaba que llevaba ya los dedos de los pies desollados. Y avanzaba, en busca de esperanza, de fe, de compañía, de agua fresca, de lluvia.

De pronto, el viento amainó y, después, desapareció por completo. Se hizo un silencio inmenso sobre el mundo y se oyeron los crujidos de los hombres bajo el peso de los mosquetones y el pam-pam del corazón y el quebrarse de la tierra quemada. Y avanzaban.

(El pueblo. Dolor de entrar en casa, tras larga ausencia. Los dos hijos crecidos, pareciéndose a su padre más y más cada día, andando como el padre, doloridos, con los pies chorreando. Carne de Benemérita, ya tan jóvenes.)

—Nubes sobre el Alberche. Se han parado.

Se habían parado, sí, las nubes. Los civiles seguían avanzando, dolorosamente, arrastrando los pies, con el sol resbalando sobre la superficie brillante de los tricornios, con los pañuelos flotando sobre sus nucas, como banderas blancas derrotadas, deshechas, sin esperanza de sobrevivir o de luchar de nuevo, sin ninguna esperanza.

Seguía caminando, cada vez más despacio, ahora, decreciendo la marcha. Por fin, se encontraron parados en seco, en mitad de la carretera; se encontraron allá, detenidos en seco, sentados cada uno en una cuneta de la carretera, contemplando la nube fijamente.

Había comenzado a soplar brisa Este y la nube se iba haciendo cada vez más lejana, pequeña, diminuta.

—Había nubes. Había nubes sobre el Alberche.

El sol caía a plomo y el mundo era una redoma imposible de amargura, de desilución y de tristeza.



MADRE

MADRE se llaman los regresos del hombre,
los nudos del vivir. El hombre sale
de sus sueños y calla. Madre aguarda,
dice su fiel palabra, se arrodilla,
vela. El hombre abandona sus razones
y cae en madre como en un olvido.
Mínima madre material, doblada
madre de tercos lutos capitales.
Inagotable huerto, madre amarga,
dulce madre. A la tarde iglesia sola,
mesa, madre. Perdón, infancia enorme.
años madre no ardidos, estatura
del hombre, ser del hombre, vida, madre.
Cuidados sin espera afortunada.
Despacio nada aguanta su destino.
Sólo madre, la muerte verdadera.

ENRIQUE MOLINA CAMPOS

LAS NUBES

POR el cielo de siempre van las nubes,
hermanas a lo largo del camino.
Llueven o tiemblan, zigzaguean, ríen,
escuchan rogativas o blasfemias
de unos hombres a quienes no conocen.
Cumplen con su misión, y luego mueren.

Nubes que cruzan, se deshacen, vuelven
a renacer dichosas, incorporan
derribados gigantes. Nubes blancas:
cisnes que sobrenadan anchos páramos
o túnicas que rozan catedrales.

Imaginan fugaces territorios,
se lanzan en tropel, turbios bisontes,
o se posan en malvas lejanias,
vacas paciendo que el ocaso dora.

Piensa formas la vida, hojea el álbum
eterno de la posibilidad,
y le brotan las nubes como sueños,
le nace la progenie de las nubes.

Cúmulos en el viento, desbandada
de albores donde un claro sol refulge,

milenarias ovejas escapadas
de un aprisco de dioses,
vuelan hacia transatlánticas urbes.

Desde patios oscuros las contemplo,
desde lucernas, desde claraboyas.
Acarician mi frente, ebria de anchura.
Me nacen desde el tiempo, desde el mar.

Nubes presentes, únicas, gloriosas
como todo lo que se desvanece,
alzan su continente hacia el futuro,
con majestad navegan sobre ruinas,
pasan sobre batallas, sobre pueblos
que labran, aman, luchan; sobre idilios
y sobre cataclismos, impasibles.

Pero son como hombres: el rayo las delata.

Como todo emisario, como seres
altamente dotados de infinito,
con clamor o silencio me coronan
de luz y de esperanza.
Y luego mueren.



SALUSTIANO MASÓ

CUANDO EL DULCE CAZADOR



toda me entregué y di,
y de tal suerte he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

Cuando el dulce cazador
me tiró y dejó rendida,
en los brazos del amor
mi alma quedó caída,
y cobrando nueva vida,
de tal manera he trocado
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

Tiróme con una flecha
enarbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
ya yo no quiero otro amor,
pues a mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

SANTA TERESA DE JESÚS

A UNA GOTA DE ROCÍO

LÁGRIMA viva de la fresca aurora,
A quien la mustia flor la vida debe,
Y el prado ansioso entre el follaje [embebe;
Gota que el sol en sus reflejos dora;

Que en la tez de las flores seductora
Mecida por el céfiro más leve,
Mezclas de grana tu color de nieve
Y de nieve su grana encantadora;

Ven a mezclarte con mi triste lloro,
Y a consumirte en mi mejilla ardiente,
Que tal vez correrán más dulcemente

Las lágrimas amargas que devoro;
Mas ¿que fuera una gota de rocío
perdida en el caudal del llanto mío?

CARTA SOBRE EL SENTIDO DE MI VIDA QUE ESCRIBO A HERNANDO VALENCIA

Lo primero fué el sueño. Estaba hecho
con albas demoradas y fugaces
navíos pilotados por palomas.
Mas qué lejana la belleza. Sólo
encuentro el tiempo: largos días,
una pared hondísima y oscura,
un corazón cubriéndose de musgo.

Luego fué la alegría. Vino andando
sobre esperas larguísimas, escombros,
agrias heridas, soledad, engaños.
Qué lejana belleza. ¿Qué es la vida?:
un hombre, otro hombre, otro hombre,
patrias del corazón y de los sueños
cansados, demolidos, asfixiados.

Vino luego el hastío. A su llegada
traía un vaso en la mano desprendida,
una feliz canción, un hierro seco.
Mas qué lejana la belleza. Porque
no existe la belleza. Solamente
la barca de nocturnas embestidas,
la luz gastada en ver lo pasajero.

Llegó entonces el alba. Una lanzada
fugitiva y violenta, un martillazo
dado con fuerza sobre nuestros ojos.
La belleza no existe. Alucinante
mentira repetida hasta el sarcasmo
en palabras lejanas que no hieren
con su dedo de piedra nuestra carne.

La belleza, por fin. Mas qué lejana
la belleza. No existe para mi alma,
para mi ser que clama ante su puerta.
La belleza no existe. Nave clara
que no verán mis ojos, ni mis manos
hallarán como báculo lejano
que ofrece su firmeza indestructible,
meta donde la vida no conduce.

Sólo existe que toco la belleza,
pero que nunca encuentro más que nada.
Todo es un gran fracaso hacia ese mar
que la belleza llena con su aliento.
Todo es un gran fracaso, pero encierra
la palabra precisa, cuchillada
para mi corazón perdido y lento.

Lejana la belleza, aunque de su agua,
de su nada terrible, nace el sueño,
la alegría, el hastío, el alba, todo.
He intentado afirmar que todo es vida,
y noche, y soledad, y escribir negro
sobre una pared limpia, blanca y pura.

Estoy solo en la orilla de un misterio.

MARCELO ARROITA-JÁUREGUI

QUIEN BESA DE VERDAD VE NIÑOS

... que nace con el día...
RIOJA.

QUIEN besa de verdad ve niños y años por venir,
y si baja los ojos
hacia aquella boca entregada que nace con el día,
sucede que adelanta al tiempo
y ve una boca gastada en el bien,
igual que estará luego,
gastada y victoriosa como el campo,
y la vuelve a besar
directamente.

(De *Cercanía de la Gracia.*)

FERNANDO QUIÑONES

A UNA MARIPOSA



UELA, gentil mariposilla; ondea
cual átomo de luz entre las flores;
imagen fiel de cándidos amores
que en sueños de candor la Virgen crea:

la flor enamorada te desea,
el céfiro se viste tus colores
y esparce abril para tu aliento olores
y en tu imagen la fuente se recrea.

Huelga, mariposilla, y si süave
perfume buscas entre flores puras,
yo la flor te diré que mejor sabes:

Manantial de suavísimas dulzuras
los labios son de mi Berarda bella:
un beso en ellos por su amante sella.

Este soneto es el último poema breve escrito por Espronceda, y totalmente ignorado hasta ahora. Perdido entre las páginas de una publicación romántica olvidada—la "*Revista de Teatros*. Periódico semanal de literatura, sátira y Bellas Artes"—, tiene especial interés para la biografía, por su fecha—mayo de 1841—y por los sentimientos que expresa: "Berarda" es, sin duda, Bernarda de Beruete, la novia con quien iba a casarse y que hasta su muerte mantuvo constante un ramo de siemprevivas en la tumba del poeta.—*J. C.*

JOSÉ DE ESPRONCEDA



Crítica de libros

TODO ESTÁ VIVO, *Angel Crespo.* Colección "Ágora". Madrid, 1956.

La poesía de Angel Crespo es la más interesante de aquel grupo (vamos tan rápidos que lo más próximo se hace historia) que, en un momento de extremosidades neorrománticas, se caracterizó por el lenguaje coloquial, el humor sarcástico e ingenuo, la pirueta creacionista, el realismo sin acritud. Esta especie de cohorte avanzada tuvo, tal vez, por empeño esencial oponer a la retórica reinante otra retórica. Como la crítica es primero justicia, conviene señalar su rastro, su interpretación del aire del tiempo, propenso a la sencillez y a la ironía.

Crespo, tras el arranque juvenil de *Quedan señales,* y el intermedio de *La pintura*, llega con este libro, prueba clara, al menos, de una continuidad en su estilo y una depuración de él. Se advierte en seguida que va de aquella colección de miniaturas, nuevos "primores de lo vulgar", una distancia no sólo temporal. En Crespo se ha acentuado el elemento meditativo (me parece mejor que ese cerebral tantas veces apresurado e inexacto), que, por otra parte, siempre estuvo en él. Continúa en su obra la cercanía jugosa, el hilo llevado a través de la realidad que se pretende redescubrir, por medio de un ritmo pausado. Es frecuente la expresión colectiva:

Todos los hombres vamos,
en un animal vamos subidos,
de especie diferente y diferente andar,
pero animal que mata si se tercia.

De aquí parte *Todo está vivo.* De un pesimismo, pues, que en vez de ponerse a gritar, adopta una andadura suave para decir lo más descarnado, "dejándose caer". Ese pesimismo no es una nota aislada, sino el propio manadero de *su* mundo. El poeta está entre la espada y la pared, señalando con la preocupación por el ser del hombre y sirviéndose de las cosas preferentemente. Su temática denota una salida hacia ellas de belleza pura:

Sobre el atardecer camina un ciervo,
mientras el sol la noche desposee.
El hocico del ciervo malherido
sangre derrama encima de las nubes.

O tan distintamente:

Cada cual con su cruz,
cada cual con su oficio y su camisa,
cada cual con su estómago y su oficio,
cada cual con su oficio y su palabra.

La calidad tonal—lo verdaderamente diferenciado—está constituída por una delicadeza que pasa, salvando el riesgo de evaporación, el contacto de duras realidades, por cuanto vive (para Crespo, se entiende), y que no puede caer en cursi blandura, porque va hermanada de ironía no demasiado salida de madre. Una vez más, el viejo artificio del contraste da resultado. Si bien este poeta de voz baja, que deja sabiamente a medias y medido su decir, no peca en este sentido. El prosaísmo—metido tan en el tuétano de la poesía reciente—toma, en la tercera parte del libro, un aspecto denso y abstracto.

Pero lo que más me importa de *Todo está vivo* es esa capacidad para transformar, graciosa y mis-

teriosamente, la naturaleza, los objetos, lo de cada día:

Cuando la lana del colchón
se acuerda de su oveja,
lo mejor es dormir en las baldosas.

Ahí, en esa línea, acierta más. Y el "pleno" cree hallarlo en *La vuelta al mundo:*

Llego por el Estrecho hasta mi casa,
y noto con sorpresa estar caliente
la silla, estar la casa
perfectamente en orden
y mi madre sirviendo el desayuno.

Claro que no siempre es bueno el resultado. La naturalidad ocasiona que, cuando se produce el desfonde en un poema, queda más indefenso precisamente porque no se acude a los recursos estilísticos habituales. La nimiedad puede quedar realmente en nada. Es la contrapartida del atrevimiento.

Su construcción narrativa está muy lograda en ***El naufragio,*** del que no cabe, por su bella cohesión, una cita fragmentaria.

De repente, Crespo nos sorprende con una desnudez romántica:

Por el camino se me van cayendo
frutas podridas de la mano,
y voy dejando manchas de tristeza en
dondequiera que piso. [el polvo

Una especial melancolía más bien. Y aunque, según ha observado García Luengo, apelamos actualmente con sospechosa frecuencia a la ternura para calificar una obra, aquí no hay más remedio que hablar de ella, porque es cierta.

Resulta curiosa la preferencia por las metáforas animalísticas (la noche es un lobo, el aire es un perro, el olor de las vacas es un gato), de la cual extrae una gracia original.

El último libro de Angel Crespo tiene etapas, lleva una dirección determinada. Queda de él un perfume propio.

La edición de Ágora, elegante, como acostumbra, lleva un buen retrato - dibujo del poeta, realizado por Antonio Povedano.—Luis Jiménez Martos.

ORATORIO DEL GUADARRAMA, *José Luis Prado Nogueira.* Colección "Ágora". Madrid, 1956.

Acaso las dos cosas que más puedan polarizar la atención del poeta sean el suceso del Hombre en su escenario vital y la solución metafísica de la vida más allá de ese escenario. En estos dos ciclos esenciales, el problema es único en el Hombre y, si requieren lógica atención, es porque lo verdaderamente trascendental es procurar que Dios sea una pura razón a través del testimonio humano. La poesía de Prado Nogueira, en este libro, se contrae al primer ciclo. Prado adopta la línea existencial porque nos tiene mucho que decir de su personal experiencia. Es una voz segura y exenta, temperamental y verídica, incapaz de contener su vasto manantial ideológico en formas predeterminadas, ni de hacer sacrificios demasiado estrictos, que diluirían un poco ese peso tan duro de su verdad y de su problema. Estamos ante un poeta católico y social—y hay que decirlo sin pena de incurrir en lo tópico—que habla en hombre y para el hombre. Prado da una lección a los poetas en general y un alerta a los retóricos (entiéndase por retórica toda superfluidad, lo mismo ideológica que ex-

presiva) para que se redescubran y no conspiren más contra la verdad. Y esta labor de exaltación de la verdad es tarea de poetas y de hombres en todo orden de cosas, por la que han de crucificarnos y maldecirnos como exige la vieja costumbre. Tan identificado me encuentro con su postura y tan emocionado con su logro, que no me atrevo a garantizarme como crítico objetivo. He aquí la demostración de que, con temas concretos y problemas de exacto perfil, pueden producirse obras arrebatadas y líricas de poesía *pura,* desplazando y desdoblando la personalidad sobre los temas que son objeto de la creación poética. Y esto va por los asépticos que sienten bascas cuando alguien habla en macho y se persignan con los libros mayores de nuestra actual poesía. Prado pone el acento en las ideas porque éstas lo necesitan más que los endecasílabos. *Oratorio del Guadarrama* está henchido de verdad, y porque no me es posible glosar cada uno de los 22 poemas de este hermoso libro, voy a elegir los cuatro de mayor interés humano y que notician con más grata tristeza—vale aquí la antinomia—mi pobre sensibilidad. De "La Vieja Europa" diré que nunca he oído un grito en verso tan lleno de entusiasmo poético. ¡Cuánto se exige, desde su lamentación, al resistirse a la perennidad del mito en que se encostra Europa desde siglos! Patética acusación, fervor y verdad poética. Unicamente así, cuando una voz viril acusa, *prefiriendo* siempre, porque preferir es no aceptar, no hay peligro, ya que no existe el pudor para las ideas desnudas, de que irrumpan palabras como "Loroño" y "Pelargón", que empiezan a valer por sí mismas, densas y sugerentes como el silencio.

...Volta en el techo, perpetuándose
por una esfera y un cordón. Tú, en medio
de la mejor Europa. De puntillas,
entrará tu mujer. —Guillermo, ¿tienes
algo, te ocurre algo? Tú, entre lágrimas,
le dirás: —Por un plato de lentejas
mataremos a Dios...

Grata empresa la de ir reedificando nuestra alma y ocultando los graves impactos de ese nihilismo abrumador del que, posiblemente, Prado crea que es responsable la vieja Europa por él aludida. Es preferible destruir el mito de la piel de cordero que oculta al capital y dar pábulo a la ternura del mito virginal que nos mantiene cordiales en nuestra lucha. Hay que luchar por los niños *que trajo la cigüeña,* por el jazmín que nos asombra y en la convicción de que

no ha de salvarse quien no crea
que hay platillos volantes en el cielo.

En "La Burla", Juan el Pedigüeño acaece en nuestro corazón como un ángel de bondad, pícaro en el mínimo deseo, al pedir limosna para vino. En este punto Prado nos advierte con este endecasílabo:

(Era seguramente para blanco.)

Y aquí, el católico social, nos subraya la culpa que le cabe a aquel jovenzuelo que, haciendo honor a Escocia, se siente

capaz de ver el vino en ojo ajeno,
mas no el whisky en el propio...

En su "Ofertorio" hace balance de sus recuerdos, de sus jornadas en los Molinos: los hijos, el pecho de Guille, Maliciosa, Montón de Trigo, Siete Picos, Madre Nieves, el niño de la leche... Contempla su retorno sentado en un baúl, como general de un ejército a quien le asombra tener aún gente fiel que pronuncia su nombre. Y estos fieles le perduran para que, cuando escupa la verdad a los hombres, pue-

da engreírse de su derrota, porque aún tiene soldados siervos de su razón que han de seguir sus huellas vencidas, porque representan la razón de su vida, y su segundo jefe —Carmen—le dirá los caminos que son más largos para estirar la vida perezosamente ungida por el Tiempo e inmune ya a la mentira.—José Gerardo Manrique de Lara.

POEMAS DE LA CIUDAD, *María Beneyto*. Barcelona, 1956.

La poesía de María Beneyto es una de las más interesantes dentro del panorama de la poesía femenina actual. Maneja con gran soltura los sentimientos, dándonos siempre una impresión directa y especialmente sincera de ellos. Su técnica es también sobresaliente, pero nunca apaga o emborrona la simple línea lírica, que ella cuida con un candor femenino y una ternura delicadamente expresivos. *Poemas de la ciudad,* que obtuvo un accésit del premio "Boscán" de poesía, en 1953, es un buen libro, un excelente libro. María Beneyto canta y llora en él la ciudad de nuestros días, el pan diario de nuestros pesares, y la belleza y la pena y el recuerdo o la melancolía, que, a diario también, descubrimos apoyados en la dura pared de la vida. María Beneyto nos descubre el panorama de su ciudad íntima: su yo palpitante, a veces turbio y a veces esperanzado, como siempre ocurre en el corazón de los hombres. Yo creo que es muy importante en este libro el descubrimiento de esa ciudad interior del poeta, en donde acaecen sucesos y surge, a veces, la esperanza.

El libro, excelentemente editado por la colección "Fe de vida", lleva un interesante prólogo de José María Castellet y un dibujo de Todó García.—Concha Lagos.

Noticias

Premio Nacional de Poesía "José Antonio Primo de Rivera": Gerardo Diego, por su libro *Paisaje con figuras*. Menciones: Rafael Montesinos, por *La soledad y los días,* y José Luis Prado Nogueira, por *Oratorio del Guadarrama.*

El Premio "Adonais", 1956, ha recaído en *Humana voz,* de María Elvira Lacaci. Accésit: *Cercanía de la gracia,* de Fernando Quiñones, y *Contemplación y aventura,* de Salustiano Masó.

En el Concurso poético, organizado por la revista *Juventud,* obtuvo el Premio "Antonio Machado" José Luis Prado Nogueira, por su poema *Los descuidados,* y el "José Luis Hidalgo", para noveles, Carlos Sahagún, por *Réquiem ante un retrato de primera comunión.* El Premio "Gibraltar" recayó en Julián Andújar, por su poema *Informe abierto al campo.*

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS Y FOLLETOS:

LA VIDA MISMA, *Juan Ruiz Peña.* Col. "Ínsula". Madrid, 1956.

GARGANTA Y CORAZON DEL SUR, *Mario López.* Córdoba, 1951.

EL ARCANCEL SONAMBULO, *Manuel Pacheco.* "Lírica Hispana", Caracas, 1953.

EN LA TIERRA DEL CANCER, *Manuel Pacheco.* Col. "Doña Endrina". Guadalajara, 1953.

LOS CABALLOS DEL ALBA, *Manuel Pacheco.* Madrid, 1954.

SEMANA LIBRE Y LAS FUERZAS INICIALES, *Antonio Fernández Molina.* "Lírica Hispana". Caracas, 1956.

OFICIO TERRENAL, *Mario Angel Marrodán.* Barcelona, 1956.

EL LAUREL SOMBRIO, *Mario Angel Marrodán.* Col. "Doña Endrina". Guadalajara, 1956.

LA MUERTE O LA VIDA, *Manuel Pinillos.* Zaragoza, 1955.

NUEVOS RUMBOS EN LA LITERATURA BRASILEÑA, *J. A. Pinto do Carmo.* Montevideo, 1955.

MONOLOGIS Y UNO SOLO VERDADERO, *Max Aub,* México, 1956.

PASOS PARA UNA TRAVESIA, *María Angélica Villar.* Buenos Aires, 1955.

DESDE ESTA ORILLA, *Gabriel García Narezo.* México, 1956.

ELEGÍAS A LA MUERTE DE MI PADRE, *Elizabeth Blazova Stanisich.* Buenos Aires, 1956.

LOS ELEMENTOS, *Ludwig Zeller.* Santiago de Chile, s. a.

JULGAMENTO SUMARIO, *Francisco Alves da Costa.* Lisboa, 1956.

SENTIDO RELIGIOSO DE LA OBRA LITERARIA DE JEAN ARISTEGUIETA, *Angel Martín Sarmiento,* C. M. F. Caracas, 1956.

DE CLARO EN CLARO, *Gabriel Celaya.* "Adonais". Madrid, 1956.

PAISAJE CON FIGURAS, *Gerardo Diego.* Col. "Juan Ruiz". Madrid-Palma de Mallorca, 1956.

REVISTAS:

CARACOLA, 49, 50, Málaga; CANTICO, 11-12, Córdoba; CAPELA, Badajoz; ESTRIA, 7, Roma; PLIEGO CRITICO, 2-3, Oviedo; EL MOLINO DE PAPEL, 8, Cuenca; COURRIER DU CENTRE INTERNATIONAL D'ETUDES POETIQUES, 12, Bruselas; INSULA, Boletín bibliográfico núm. 126 bis, Madrid; VERTICE, 156, Coimbra; REVISTA NACIONAL DE CULTURA, 116, Caracas; VERBO, 30, Alicante; ABA, 5, Medellín; CUADERNOS CABRIALES, 18, Valencia; POESÍA ESPAÑOLA, 60, Madrid.

Gráficas ORBE, S. L.—Padilla, 82.—Teléf. 26 12 34.—MADRID.


ÁGORA